

EDITORIAL

CORDOVA, prototipo del militar colombiano

La FUNDACION GENERAL JOSE MARIA CORDOVA, que hoy toma vida y hace acto de presencia, ha querido iniciar su actividad colocando la primera piedra del Monumento al héroe que conmemora su nombre. Se trata de un comienzo augusto, lleno de solemne austeridad. Son momentos de plenitud que transcurren en la vida de cada uno de nosotros, que llevan algo de sagrado, porque nos hacen descender a lo más recóndito del alma, allí donde se toman decisiones cruciales y se percibe la misteriosa presencia de Dios.

Cubiertos por el firmamento —abierto y acogedor como la libertad que forjaron nuestros próceres—, ante el arco marcial del Alma Máter del Ejército y circundados por residencias de ciudadanos, representantes de los soldados y de la población civil, preguntémonos qué ha sido, qué y qué podrá ser Colombia, en medio de las naciones bolivarianas, de nuestra América y del mundo. Y en este contexto geográfico e histórico, cuál es el lugar que le corresponde al varón esencial cuyo nombre decora nuestra Escuela.

Colombia fue forjada como una tierra de libertad. De una libertad conquistada en los campos de batalla y mantenida a costa del sacrificio de innumerables patriotas que llegan hasta el más oscuro soldado caído en estos días tristes y oscuros que ya empiezan a tornarse en promesas de alegría y de paz. No somos, pues, el resultado de convenios internacionales o fruto de un pretérito ignorado, confuso o remoto. Somos hijos de quienes lucharon con heroísmo por establecer la libertad y la democracia.

Nuestra historia republicana es breve pero densa y cargada de episodios de grandeza, son algo más de 150 años en que todos, sin distinción de clase social o categoría intelectual, nos hemos sentido sus protagonistas, puesto que las angustias y esperanzas de la nación, los sueños y realizaciones, son siempre las angustias y esperanzas de todos los que vivimos y morimos bajo el mismo cielo y sobre la misma tierra, "tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena", como cantó el poeta-conquistador.

Pues bien, uno de los colombianos que vivió esta experiencia de un modo ejemplar fue José María Córdova. Volvamos las miradas al campo de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824. Todo allí nos habla de gloria y libertad, de lucha y sacrificios, de solidaridad en ideales y propósitos, y de unidad en los esfuerzos y empeños para alcanzarlos. La pobreza de los uniformes y la deficiencia de las armas en las tropas patriotas, contrastaban con el brillo y la riqueza que ostentaban los Ejércitos del Rey, y sólo el coraje de nuestros oficiales y soldados —como lo apuntó el mismo Córdova al General Monet— garantizaba el triunfo, porque todos estaban firmemente decididos "a mandar en su casa", según la expresión del máximo guerrero granadino.

Esta batalla es el más firme fundamento y la más bella expresión de la unidad del destino histórico de América. Fundidos en una causa común, allí estaban representantes de diversas razas y pueblos. Llaneros de Venezuela, luchadores en mil batallas legendarias; granadinos de todas las provincias que habían combatido en Cartagena, Tenerife, Pantano de Vargas, Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha; argentinos y chilenos que habían seguido las nobles banderas de O'Higgins y San Martín; peruanos que habían tenido que luchar con el máximo poderío español concentrado en la ciudad de los Reyes; ingleses, alemanes y también españoles que habían abrazado la causa patriota. Blancos e indios, negros y mestizos, fundían sus diversos orígenes en un mismo crisol de amor a la tierra que los vio nacer y que aspiraban a verla dueña de sus propios destinos.

En aquel campo, consagrado ya por luchas milenarias, la pericia y preparación, el valor y disciplina de Córdova, fueron factores definitivos para el triunfo. Así lo reconoció Sucre que lo exaltó en el mismo campo de batalla y escribió sobre él justos elogios. Así lo han reconocido todos los historiadores de aquella campaña que puso fin al poderío español en América. Ayacucho es la culminación de la epopeya: después empieza la decadencia de los héroes, aunque no el valor para defender la libertad.

La fresca imagen de Córdova nos lleva a pensar en el secreto vínculo que existe entre la juventud y el heroísmo, porque todo verdadero héroe —no importa su edad física— tiene que poseer un alma joven, en firme tensión hacia el porvenir, con el poder que nace de la esperanza. Por eso, dos años después de Ayacucho, Córdova pudo escribirle a su hermano Salvador, identificado con él en sus ideales: "Mi carrera es la de la gloria!".

Y la gloria era esta Colombia que tanto amaba. De ahí que debamos retroceder al pretérito para, afianzados en él, lanzarnos con mayor fuerza hacia el futuro. Y en el pasado nos precede una recia y constante tradición jurídica que ha sido la base de nuestra estabilidad democrática. Porque nuestra democracia no es ni puede ser, ni la anarquía ni el desorden, sino los dos valores que proclama el lema del escudo nacional: Libertad y Orden.

General José María Córdova:

Congregados ahora en torno a tu memoria, damos principio a este grandioso monumento que, esculpido por ese insigne patriota y artista que es Arenas Betancourt, se elevará a los cielos grácil, audaz y henchido de esperanza, símbolo de la nueva Colombia que queremos forjar. El nos hará vivo el ejemplo del varón esforzado y generoso que desde la adolescencia entregó su persona y su vida a la Patria; del guerrero civilista que después de escalar los más altos grados militares en campañas de resonancia internacional, guardó su espada y con empeñoso afán voló a someterse a la justicia de la República. Inició su defensa con estas memorables palabras: 'Hoy me considero, se-

ñores, con más gloria que cuando peleaba y vencía en los campos de Boyacá, Tenerife y Ayacucho... Los tribunales de mi patria me llamaban a responder de un cargo y yo debía dar a los pueblos el ejemplo de un militar lleno de subordinación y de obediencia... Debía hacerles ver que después de darles libertad, no pretendía, por mi graduación y mis prestigios, colocarme fuera de la condición de ciudadano”.

El aguerrido combatiente desde niño, después del triunfo de Ayacucho expresó su anhelo de que “todos los Estados de América prosperen pacíficamente”, y agregaba: “Nadie más que yo desea esta paz porque ningún otro sufre más los padecimientos de mi querida patria”. Pero quien solo había combatido a las tropas extranjeras y que escribía a Santander “tiemblo de las guerras civiles”, por obediencia al Libertador y por amor al orden, se puso al frente de la división de 1.800 hombres para debelar la primera guerra entre hermanos, suscitada por Obando y por José Hilario López, su compañero en Ayacucho. E hizo con profundo desagrado, sin abusar de su limpia victoria ni humillar a los vencidos. Cuando marchaba hacia el Cauca dirigió al pueblo una hermosa proclama —vacuada en los moldes bolivarianos— que termina con la frase que ha sido esculpida en este monumento: “Ved en las armas la más firme garantía de la paz y del orden y en los soldados, a los antiguos defensores de la libertad”.

Esta es la mejor lección —Señores Cadetes— que nos da el Héroe a cuyo nombre y tutela se ha acogido la Escuela Militar. Que todos los compatriotas vean en nosotros a los ciudadanos armados para garantizar sus derechos; y que nosotros, los que llevamos las armas que la República puso en nuestras manos, veamos en los jóvenes estudiantes, en los campesinos, en los trabajadores, en los empresarios, en los intelectuales, a hermanos que luchan por el desarrollo, la prosperidad y la grandeza de la patria colombiana.

Brigadier General Nelson Mejía Henao,
Director Escuela Militar de Cadetes
“General José María Córdova”.